

Pedro Fernández Puig

*Aixerrota ,
el legado del irlandés*

EC.O
EdicionesCivicas.O

I

—¡Calma y ley! ¡Guardad orden!

Primer amanecer de verano. Quizás esperaba por eso más luz, pero el puerto de Doolin despuntaba oscuro y cubierto de niebla, gris por las muchas familias católicas que avanzaban despacio, cargadas con sus enseres y cuidando de sus hijos, resignadas a embarcar en el bergantín que se balanceaba junto a mí.

La vergüenza nos hacía mirar al suelo empedrado y húmedo sabiendo que, cuando el buque nos engullera, viajaríamos lejos, forzados a vivir otra vida en un lugar lejano donde no fuéramos perseguidos por nuestra religión.

Tres soldados a caballo nos vigilaban, gritándonos continuamente.

—¡Seguid, seguid! ¡No os demoréis!

Mi destino flotaba enfrente con un leve cabeceo. Los demás iban subiendo pero yo todavía no. Esperaba junto al barco al buen cura don Ignacio. Le buscaba estirando la mirada hasta donde el puerto se hacía ciudad, y más atrás, donde la ciudad se hacía campo verde para derramarse al mar en los acantilados de Moher. La luz del amanecer los recortaba con un amarillo que dañaba la vista.

Dijo que vendría para despedirme. Palabra de vasco, apuntó. Pero no llegaba.

— ¡Calma y Ley! ¡Adelante!

Muchas familias enteras embarcaban enmudecidas en contraste con la actividad frenética de los marineros. Cabos, gritos, amarres. Maldije el nombre del barco, pintado en la popa con letras blancas de reborde rojo y oro: *Alproja*. Don Ignacio, el cura de un pueblo llamado Getxo, me dijo que en vasco significa algo así como sinvergüenza, insolente o canalla.

Le busqué de nuevo por el puerto. ¿Dónde estaría?

—¡Paz y ley! ¡Recordad que sólo puede subirse a bordo aquello que se soporta encima!

Cada miembro de familia acarrea algo, hasta los más pequeños. Un chiquillo me miró mientras ascendía por la tabla, llorando y con los dientes apretados. Cargaba el doble de su peso pero no podía ayudarlo. Los bultos demasiado voluminosos debían venderse a los mercachifles protestantes que rondaban como buitres esperando su momento.

Ahora llegaban hasta mí.

—¿Te sobra algo? Nosotros compramos. Pagamos bien.

¡Cómo los despreciaba! Pero no podía hacer nada más que mirar, pensar, imaginar lo que les haría si los soldados no estuvieran allí.

—Lleva todo encima —señaló uno—. No tiene más.

Y así era, no llevaba nada, sólo un saco al hombro. Seguramente adivinaron lo que había dentro: dinero, varios documentos y ropa. También pan, además de unas manzanas.

Tras la marcha de aquellos cuervos, el embarcadero se fue despejando. Sólo faltaba yo para cruzar la pasarela. El sonido de los cascos de uno de los caballos

acercándose me tensó más aún, y don Ignacio seguía sin aparecer.

El jinete llegó hasta mí. Su montura se arrimó mostrándome el camino.

—Debe subir a bordo. ¡Muévase!

Miré en el reflejo del agua y me vi allí, un hombre solo, envuelto en una túnica granate. Ni rastro de mi posición familiar, la distinguida familia comerciante de los O'Shea. ¿Veinte años? Parecía más viejo. Quizás lo fuera por dentro.

—Edmundo, sube ya. Por tu bien.

Reconocí la voz del soldado. Era William, fuimos amigos. Los otros dos jinetes querían acercarse pero les indicó con un gesto que permanecieran. Y lo hicieron, a regañadientes. Necesitaba unos minutos más.

—William, comienza a soplar brisa. La marea va a cambiar, ¿no crees?

—Edmundo, ¿qué aguardas?

—Espero a don Ignacio.

—¿El curilla? Bastantes problemas tienes, más te valdría cruzar la rampa.

Cerré los ojos y recé en silencio. Don Ignacio dijo que vendría y siempre cumplía, pero el día aclaraba y me temí lo peor. Un cura católico en tierra hostil... Respiré hondo. De pronto, una sombra se dibujó en el camino.

—¡Ahí está, por fin!

Andaba despacio, como siempre, aunque tuviera prisa. Se santiguó al pasar junto a los primeros soldados.

—La paz sea con vosotros, hermanos.

Se revolvieron en sus caballos aguantando la desfachatez. No podían hacer nada. Otro día, quizás.

—Bueno, he llegado. Creí que no te vería partir. Permíteme coger aire un momento... ¿Te dejan ir? Bien. ¡Gracias a Dios!

—Dios parece no haberme ayudado mucho hasta ahora. Me pregunto dónde estará hoy.

Don Ignacio me endosó un cariñoso pescozón.

—Debes ser valiente, lo suficiente para aceptar tu destino y renacer allá, en mi tierra.

—¡Huyo cual cobarde!

—¿Cobarde? ¡O'Shea, el acto valeroso es irse! Lo dificultoso es lograr la fuerza para ello, dejar todo, proteger así a los tuyos, no tramar venganza.

—Fácil es decirlo sin saber lo que se siente.

—¡Sí que lo sé! Tiempo atrás también yo... Verás, no siempre tuve esta edad ni condición. Quizás ha llegado el momento de que te lo cuente...

Encima de nuestras cabezas apareció la figura del capitán que observaba la situación apoyado sobre la amurada del barco. Después, volvió dentro mientras maldecía algo en un idioma que no era el español que me había enseñado don Ignacio.

Entonces, William me desplazó con su caballo de nuevo hacia la pasarela, o hacia el agua.

—Tenéis suerte, se os deja partir.

—¿Suerte? Dejamos aquí el alma. Y los meses precedentes han sido terribles procurando que nunca llegara esta noche. Hoy he cerrado la puerta de mi hogar por última vez. ¿Sabes lo que es eso?

—Edmundo, mis dos amigos se inquietan.

—Qué ironía, William. De niños saltábamos al agua desde este embarcadero.

—Me acuerdo de todo, O’Shea, de la niñez y de la juventud. También de las tabernas, de la música, de la cerveza y de cuando miramos por primera vez a mujeres de verdad.

—Yo mantuve la amistad, la lealtad.

—Palabras vacías. Siempre hubo una brecha, dos religiones, dos mundos. Los planes de nuestro rey Jorge para Irlanda exigen mano dura, sin titubeos.

—¿Y qué culpa tengo yo, o estas familias, en tan altos asuntos?

—¿Aún no lo entiendes? No hay bando neutro, gana quien tiene el poder de terminar con su enemigo. Tu actitud cobarde te ha perdido, siempre tan tibio y moderado.

—¡Mi valor fue permanecer aquí y no huir a Dublín como hicieron otros!

—¡No! Escondido tras esos valores has evitado enfrentarte: la amistad, el deber, la protección de familiares... No tuviste el arrojo suficiente, y ahora la Cámara de Comercio te incrimina en fallas comerciales. Has sido inhabilitado.

—¡Sabes que todo eso es falso!

—Sé que tus bienes pasarán a otras manos. ¡Y también que te advirtieron de cárcel!

—¡Paz, hermanos, paz! —añadió don Ignacio.

Debía callar, bajar la cabeza y enmudecer.

De camino hacia el barco me esperaban dos hombres y peleamos. Tenía en la sien derecha un golpe que ya no sangraba. Ellos yacían junto al molino. Quizás debí luchar antes, quizás debiera hacerlo ahora.

Le miré a los ojos.

—Vaya, ¿quieres enfrentarte por fin?

Mantuve la mirada. Su caballo se movió un poco más y me colocó sobre el borde de la pasarela y el muelle. Pensé en cómo saltarle encima. Imaginé quitarle la espada antes de que los demás se echaran sobre mí. ¿Alguien del barco me ayudaría? Pensé y pensé, pero permanecí inmóvil.

—Edmundo, este barco va a zarpar y saldrás en él. La otra opción ya la conoces. He venido a decírtelo yo, aquellos no quieren esperar más.

Espoleó la montura y regresó con los jinetes.

El capitán volvió a asomarse.

—Señores, siento zanjar su tertulia pero la marea está en el límite. Suba usted o quédese en tierra, partimos de inmediato.

Comenzaron a soltar los cabos y, sin pensarlo más, abracé al buen cura. Después, él me extendió la mano entregándome un pequeño bulto envuelto en un paño.

—¿Qué es esto?

—Casi lo olvido, se llama “Historia de Getxo”. Es un libro extraordinario de un hombre más extraordinario aún, el padre trinitario Carlos María Zabala. Fue un honor conocerle. Estúdialo con detenimiento durante el viaje. He adjuntado pequeños mapas de mi cosecha.

—¡Adiós, y cuídese de ellos!

Salté a la pasarela en el último momento, mientras las órdenes y gritos para el desamarre se mezclaban con los llantos de algunos pasajeros. Nadie más nos despidió salvo él, que se desgañitaba en un último sermón para darnos ánimos.

—¡Recordadlo todos: el acto realmente valeroso es irse! ¡Las tierras vizcaínas son un buen lugar!

Las velas le silenciaron cuando se hincharon protestando, haciendo dar saltos a la proa que cortaba el agua y nos sacaba del puerto entre quejidos de la madera, y colocándonos de inmediato en paralelo al verde infinito que caía desde los acantilados de Moher para abandonar el pequeño Doolin, sus castillos y su cueva.

Todo demasiado rápido, imparabile. Pero ya estaba hecho. Dije adiós al lugar donde nací, crecí y pensé que acabaría mi vida.

—Que Dios nos ayude.

Las familias rezaban al viento mirando cómo la costa se alejaba. Al frente, el mar inmenso nos esperaba y con él llegó un frío tal que nos obligó a ubicarnos para el viaje. Todos buscamos refugio y la escalinata que llevaba al interior se abarrotó en un instante.

Una vez dentro, busqué un lugar donde poder sentarme pero en este nuevo mundo tan diminuto había demasiada aglomeración, demasiado bullicio y desorden. Así que luché contra los que bajaban y salí de nuevo a por aire para respirar, igual que tras una profunda zambullida.

De nuevo en cubierta, desconcertado y sin cobijo, me dejé empujar por el viento helado hacia la popa del barco. A medida que me acercaba, comencé a escuchar una guitarra que lanzaba notas al mar. Allí, en un recoveco, al socaire, un hombre mayor cantaba cerrando los ojos y mirando al cielo.

—¿Le importa que me siente? —pregunté.

Me contestó con la mirada sin dejar de cantar, sonriente, en un idioma que no entendí.

—*Nekez uzten du bere sorterrria, sustraiak han dituenak.*¹

Agradecí su música, compuesta por extraños sonidos vocales en suaves tonos agudos y bajos. Recreaba el sentimiento atormentado y al tiempo esperanzador que todos los viajeros de aquel barco llevábamos dentro.

—Preciosas melodías —le dije.

Sus canciones ponían sonido a la tierra que se marchaba, cada vez más lejana. Me resigné al momento fatal en el que desapareciera en el horizonte.

El anciano se volvió y me preguntó:

—*Txoriak maite?*²

No le entendí, pero asentí y cantó de nuevo. Su lenguaje era extraño, seguramente el euskera del que me habló el cura tranquilo, quien mantenía la calma como un general en la batalla, de pie, orientándonos mientras los demás corríamos sin rumbo. Don Ignacio.

Nuestra amistad se inició con sus clases del idioma español hacía ya unos años. Recordaba la conversación de la tarde anterior, cuando me había convencido por fin para abandonar Irlanda definitivamente junto con un nuevo grupo de amenazados.

—Fácil decir que huya, don Ignacio. Pero ¿a dónde voy a ir?

—Edmundo, es mucho más sencillo de lo que crees. Puedes ir a mi pueblo, a Getxo. Allí te acogerán bien. El *Alproja* hace el recorrido casi todos los meses y mañana saldrá de nuevo, al amanecer.

¹ Difícilmente deja su origen quien tiene allí las raíces... Canción de Mikel Laboa: "Atzerritarrak" (los extranjeros).

² ¿Te gustan los pájaros?

—Y una vez allí, ¿dónde viviré? ¿Cómo me ganaré la vida?

Don Ignacio miró hacia el suelo con los ojos a medio cerrar y, tocándose el lóbulo derecho, sonrió de medio lado. Era un gesto muy suyo, la antesala de la respuesta a una pregunta esperada.

—Verás, Edmundo, he vivido épocas parecidas de odio y persecución y supe tiempo atrás que llegaría este momento para ti, o incluso de nuevo para mí. Por ello te hablé tanto sobre mi tierra mientras aprendías este idioma y hace meses, por la misma razón, puse al corriente de todo a mi sobrino Iñaki. Le ordené que cada vez que llegara el barco de Doolin al puerto de Getxo esperaran en él a tu persona, e incluso a la mía. La colonia Irlandesa es grande allá y les va bastante bien. No te faltarán amigos. Eres un buen comerciante.

—No quiero ser uno de ellos, de los que huyeron antes. ¡Yo juré no hacerlo nunca!

—Pues quedas perdonado. *Ego te absolvo*. Libera tu pena y comienza de nuevo.

Cuando regresé de mis pensamientos, el hombre de la guitarra ya no estaba. Volví la mirada hacia Doolin, pero la tierra también había desaparecido en el horizonte y, ante la única vista del mar azulado, tuve que aceptarlo. Viviría la vida que impulsaba el viento del barco, un libro nuevo con hojas blancas.

Levanté un brazo y saludé al vacío.

—Adiós mi querida Irlanda, siempre permanecerás en mi corazón.

Me incorporé y miré mi pequeño mundo. El sol que había ascendido rápidamente calentaba algo y la menor velocidad del barco hacía que soplara una brisa casi

agradable. Para entonces ya había sobre la cubierta varios infantes de todas las edades correteando peligrosamente y trasteando con todo aquello que no estaba destinado a tal fin, pese a las advertencias de sus padres.

—¡Cuidado, niños! ¡O acabaréis en el mar!

No hacían caso, era lo propio, la razón por la que la humanidad perdura desde siempre. La vida se abría camino, imparable.

Decidí buscar un lugar definitivo donde poder acomodarme y avancé entre ellos. A los pocos metros, dos pequeños me interrumpieron el paso.

—¡Alto, señor! Le compramos barato lo que no pueda cargar. ¿Qué lleva en el saco?

Me encogió el corazón la inocencia terrible de su juego. Incapaz de contestarles, continué mi camino con una mueca por sonrisa. Quise intentarlo otra vez y descendí las escaleras hasta bajo cubierta, pero el interior saturado por las familias y sus pertenencias me hizo cambiar de opinión y regresé fuera.

Vagué por cubierta donde el capitán fumaba junto con unos marineros. Supuse que aquel sería un buen lugar para detenerme, a pesar de lo encendido de su conversación.

—*Kaltea dagianak bizarra lepoan!*³

Llegué a su lado, yo sonriendo y ellos mirándome en silencio. Esperaba que me ofrecieran tabaco, o que me incluyeran en su tertulia, pero no fue así. Salí del paso señalando unos cabos cercanos sobre el suelo.

—Perdóneme, capitán. ¿Molesto sus trabajos si me siento allá?

³ Lema del escudo de Getxo: “quien haga el mal que vigile su espalda”.

—Puede sentarse.

Había respondido sin apenas mirarme. Me retiré un tanto desconcertado para conformarme sobre las cuerdas. Seguían hablando.

—¡Los fueros no se tocan!

— *Ta nork galaraziko dio, honek?*⁴

Me miraban. Contrariado, desenvolví el libro sobre Getxo que me había regalado don Ignacio.

El capitán puso fin al descanso.

—Bueno, basta de charla. ¡A trabajar!

Obedecieron de inmediato. Él se quedó cerca, manejando los instrumentos de navegación mientras los demás se perdieron por el barco aún discutiendo.

— *Matxinada da erantzuna.*⁵

— *Ixo, motel!*⁶

Intenté leer el libro. Sin embargo, los ecos de la madrugada pesaban en mi mente impidiéndome asentar las letras, que cabrioleaban sobre el papel. Levanté la vista al sol, consolando mis recuerdos con el escándalo de la cubierta. Pequeñas esperanzas viajaban en el barco. Niños que dejarían de serlo lejos de su tierra jugaban ajenos a su destino, inocencia digna de lástima.

Miré al capitán. Su expresión contradecía mis sentimientos.

—Niños...

Gruñía. Podía percibirse su trastorno ante la cercanía de tales seres, sentimiento en las antípodas del

⁴ ¿Y quién lo va a impedir, este?

⁵ La respuesta es la revuelta. *Matxinada* es el nombre que se le da a las revueltas y provenía del nombre Martín: agricultores, matxines.

⁶ ¡Cállate, hombre!

de las criaturas, para las que aquel hombre equivalía a un ser mágico, una gran imagen barbuda y fantástica rodeada de hechizo y sugestión. ¡Por todos los cielos, era el capitán del barco!

Varios de los más chicos comenzaron a acercársele. Decidí prevenirle.

—Allá van, capitán, los gorriones al pan.

Por su expresión pensó en huir, pero un valiente le hizo frente. Detrás le seguía el coro.

—Capitán, capitán, capitaaaaán, capitaaaaán, capitaaaaán.

Él miró al mar, retrocediendo hasta chocar con el mástil, pero su indiferencia sólo lograba incrementar la participación.

—Ca-pi-taaaaán, ca-pi-taaaaánnn.

Una niña de no más de cuatro años y pelo caracoleado se adelantó a todos sus compañeros y se asentó firme frente a él, mientras los demás continuaban su llamada tribal.

—¡Ca-pi-taaaaán!

Y cuando la pequeña levantó su mano y tocó la del capitán, todos callaron de golpe, como si hubiera finalizado algún tipo de rito paroxístico.

La sonrisa forzada del capitán ante tal gesto hizo que el interrogatorio múltiple comenzara. La primera pregunta, de la propia niña, resultó un cañonazo de popa a proa.

—Capitán, ¿por qué flota el barco?

Antes de que pudiera llegar a imaginar siquiera la respuesta, le soltaron una andanada al unísono.

—Capitán, ¿y por qué el mar es azul?

—¿Y por qué es tan grande que no se acaba nunca?

—Pues, eeeh...

—¿Y si te caes, te ahogas?

—¿Y si te *agogas* te puede comer un *tigurón*?

—Pero...

—¿Y las chicas pueden ser capitanas?

Harto de tanto infante a su alrededor comenzó a maldecir de tal manera que no repito lo que de su boca salía por respeto a la Iglesia y a sus ministros, pero sus expresiones eran de tal blasfemia que llegué a temer porque el Altísimo nos enviara a pique con las ofensas recibidas.

—¡Largo de aquí, pandilla de enanos insoportables!

Los críos huyeron en estampida atropellándose los unos a los otros, gritando alocadamente mientras el capitán reía satisfecho. Sin embargo, continuaron observándole desde lejos, escondidos, para asomar después la cabeza hasta que él giraba la suya haciéndoles ocultarse de nuevo.

—¿Están aquí Patrick y Ann?

Las voces de varios padres interrumpieron la diversión. Gritaban en todas direcciones.

—¡Patrick! ¡Ann!

Silencio. Sólo se oía el mar.

El capitán preguntó irritado.

—¿Qué sucede?

—Echan en falta a dos niños. Jugaban, según dicen, en la zona de popa. Pero ahora nadie da con ellos.

¿Podrían haber caído al agua? El miedo por su suerte y las caras de sus amiguitos me trajeron un recuerdo triste de la niñez: nuestro amigo Iñigo, cuando teníamos diez años. Su familia era española. Nos sentábamos juntos en la escuela y llegábamos todos a

ella, menos las chicas, caminando por el camino de los carruajes, donde nos habían prohibido mil veces ir. Jugábamos a poner piedras en el suelo para ver cómo las destrozaban sus ruedas al pasar.

Aquél día yo no iba con ellos, no recuerdo por qué, pero sí me acuerdo de que nevó.

Al llegar a clase todos comentaban el accidente. Se lo habían llevado al médico, malherido. Rezamos hasta media mañana sin parar.

Después, llamaron a la puerta de la clase y el profesor salió. Esperamos en silencio.

Cuando se abrió de nuevo, nos lo soltó de golpe.

—Iñigo ha muerto.

Quise llorar, de verdad que quise. Las chicas lo hacían sin parar. Escondí la cabeza sobre los brazos encima de la mesa. Pensaba en su cuerpo, bajo las ruedas como las piedras rotas, con el frío de la nieve, manchada seguramente.

Ahora, en la distancia, imagino el horror de su familia, igual que los que ahora llamaban, sin éxito.

—¡Patrick! ¡Ann!

Poco más podíamos hacer, salvo colaborar.

—¡Venga, vayamos a buscarles!

Todos, salvo el capitán que continuaba con sus labores, repetimos la llamada durante largo tiempo por el barco, pero sin resultado. Tras una hora interminable, incluso él se interesó por el asunto.

—¿Les han encontrado?

—No.

Preocupado, descendió al interior del navío. Le seguimos cual comparsa. Cerca de las cocinas comenzó a gritar cosas inexplicables para un momento como aquel.

—¡Voy a dar fuego al barco! ¡Miles de serpientes hambrientas y arañas gigantes corren por cubierta devorando niños!

Entonces, los dos ratoncillos se movieron desde debajo de unos equipajes entre lloros y gritos, buscando la protección de sus padres.

—¡Malditos críos! Se divierten con el sufrimiento de los demás. Almas oscuras...

Y tras un nuevo recuento de vástagos, todos tornamos a la normalidad, que nunca a la tranquilidad pues volvía el revolotear estridente de la vida por todo el bergantín.

Yo les observaba desde mi asiento sobre los cabos y, con el tiempo, o bien su número había aumentado o el barco se estaba haciendo más y más pequeño. Las peleas comenzaban a ser constantes y el escándalo se estaba volviendo insoportable. Y en el terrible aburrimiento de la navegación se me ocurrió practicar el juego que triunfaba en nuestras comidas familiares.

—¡Venid aquí todos! Os enseñaré a hacer la cometa de la vieja camisa. ¡Acompañadme!

Recorrí el barco con mis pequeños ayudantes, cada vez más numerosos, hasta conseguir el material: un par de palos, cuerda y una camisa añeja. Provoqué así la curiosidad de otros más mayores y, en poco tiempo, tenía a casi todos los viajeros sentados alrededor, dispuestos a no quitar ojo a mis instrucciones.

—Atentos.

Observaba fijamente a cada uno de los chiquillos para mantener su atención.

—Primero haremos la señal de la cruz con dos palos de madera, antes de comenzar.

La plegaria les ayudaba a concentrarse. Además, me sentía liberado pudiendo expresar mi religión de forma natural y deseaba que ellos también lo hicieran con absoluta espontaneidad. Mientras oraban, yo disfrutaba viendo sus miradas infantiles y sus papitos incipientes.

Até ambos palos con un fuerte nudo, susurrándoles un gran y falso secreto.

—Este nudo me lo ha enseñado el capitán.

Le aplaudieron fascinados mientras él, a duras penas, reprimía una intensa expresión de vanidad. Me respondió con una mirada de agradecimiento ante la dulce calma que, al menos por un rato, se vivía por fin en el barco.

—Bueno, ahora tenemos que vestirla. Primero, cerramos los botones de la camisa para que no tenga frío.

Continué mis explicaciones y nudos hasta su terminación.

—¡Ya está! ¡Y ahora a volar!

El éxito fue rotundo pues aprovechamos la ventaja que nos daba el viajar en barco por alta mar a una buena velocidad. Los más espabilados dedicaron el resto de la tarde a volar la cometa para asombro de pequeños y disfrute de sus mayores, quienes por unas horas dispusieron de cierta tranquilidad e incluso se alternaban en ocasiones en el juego, tan fascinados como los niños, siempre bajo la noble excusa de ordenar los turnos. Hasta el capitán parecía pasarlo bien. Intenté conversar.

—También ellos huyen, merecen sosiego.

Me miró sonriente y, tras unos segundos, contestó.

—Sí. Sosiego.

Volví a mis cabos con la intención de avanzar en el libro de don Ignacio. Sin embargo, a medida que pasaba

el tiempo iba observando más las evoluciones de la tropa y menos mis deberes, pues la experiencia me decía que tarde o temprano la paz reinante acabaría en llanto.

— ¡Me toca a mí!

— ¡Tú has estado más tiempo!

Aquello duró más de lo esperado, hasta el ocaso, cuando una pelea infantil por recuperar el turno perdido hundió la cometa en el agua llevándose consigo la camisa, los palos, la cuerda y la tranquilidad.

La providencia ayudó:

— ¡A cenar! ¡Bajad a cenar!

La estampida tras el llamar de las madres fue inmediata. Era la única comida del día. El griterío y el nerviosismo por haber perdido la cometa daban paso al griterío y el nerviosismo por llenar cuanto antes sus estómagos vacíos.

Una mujer se me acercó.

— Señor, si desea un poco de alimento puede usted, si la invitación no le resulta descortés, acompañarnos.

— Se lo agradezco, señora, pero creo que tienen ustedes suficientes ocupaciones. Además, el viaje me está afectando un poco en el estómago. Espero no haberla ofendido.

No era por falta de ganas, sino más bien sabedor de que faltaba para todos.

— Si así lo desea...

Sin mirarme volvió abajo, donde el alborozo de voces infantiles hambrientas y deseosas de alcanzar algún plato de comida se cruzaban con gritos de madres que, pese a los lamentos y llantos desconsolados de otros, les hacían comer aquello por bien de su cuerpo y de su espíritu.

Intenté animarme a mí mismo. Soliloquio obligado.

—¡Edmundo, tu cena te espera! Saca de la bolsa pan y manzana e inicia un nuevo destino hacia la popa del barco. Allí nadie te molestará.

Efectivamente, no había ni un alma. Degusté mi cena con tranquilidad, observando cómo el cielo se iba apagando para salpicarse con chispas que daban brillo al mar oscuro. Sin embargo, las estrellas aunque iluminaban, no dan calor y la brisa que antes nos mimaba barría ahora la cubierta de forma gélida. De nuevo hablaba sólo.

—Mejor buscar resguardo. Habrá que dormir, o al menos descansar.

Pero el destino persigue al herido y, al entrar bajo cubierta, me encontré con que los lloros y quejas que traen la falta de sueño se habían unido al vaivén de los estómagos llenos, provocando mareos y vomitonas generalizados. Por si fuera poco, la vista de unos a otros multiplicaba los desagües por doquier convirtiendo en insalubre la zona en la que debíamos cobijarnos durante la noche.

—¡Es la mismísima antesala del purgatorio!

Todas las reacciones involuntarias anteriores se combinaron con las necesidades fisiológicas básicas a las que la madre naturaleza nos ha condenado y que en algunos niños, a pesar de su corta edad, se producen con la misma intensidad y fetidez que las de los adultos. Tropecé ascendiendo los escalones y celebré llegar al fresco de la cubierta, aunque casi choco con una figura que rondaba.

—¡Discúlpeme, capitán!

—Insoportable, ¿verdad?

—¡Qué hedor! ¿Existe alguna zona resguardada aquí afuera donde hacer noche?

Señaló una pobre hendidura cercana a la proa.

—Gracias, capitán.

Él añadió algo:

—Prefiero asesinos, maleantes, alcahuetas o cobradores de impuestos antes que niños en un viaje. Deberíamos atarlos a una barcaza y remolcarlos, o emborracharlos hasta que perdieran el sentido.

En aquel momento sus palabras me parecieron sabias y comedidas, dada la situación.

—Con Dios.

Me acomodé en el lugar señalado envuelto en mis pertenencias, dispuesto a pasar la noche y, quizás, dormir. Únicamente la bondad divina que no ahoga consintió que la mar continuara bella durante el resto del viaje, acompañándonos el viento a buen ritmo hacia Getxo y dejando atrás nuestra estela pestífera.

El frío apagaba mi odio por verme huido y cobarde. Pensé en un mantel de hilo, una copa de cristal fino y en el calor que puede dar la compañía de una mujer.